

# El Enigma de la Ciudad del Metro

JUAN MIGUEL SÁNCHEZ VIGIL





*Una parte de mi vida, aquella  
en la que fui niño, está marcada  
por los viajes en metro.*

*Cierto día me quedé dormido  
en el vagón de siempre y soñé  
esta historia.*

*Ahora la escribo, o mejor,  
os la cuento.*

Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



**Ilustración**  
Gustavo Otero



**Coordina la colección**  
Esperanza Fabregat

**Diseño**  
Alfonso Méndez Publicidad

**Maquetación**  
Covadonga del Rosal

**Impresión**  
Brosmac, S.L.

Depósito Legal: M-

ISBN: 84-952-8003-5

© Juan Miguel Sánchez Vigil

© de la edición en castellano  
**DYLAR Ediciones**

Alcántara, 8, 2º. 28006 Madrid

Tel.: 91 435 29 28

Fax: 91 435 74 81



# *El Enigma de la Ciudad del metro*

JUAN MIGUEL SÁNCHEZ VIGIL

 **DYLAR**  
ediciones

## *Juan Miguel Sánchez Vigil*

---



### **¿Conoces al autor?**

Juan Miguel es Doctor en Ciencias de la Información e imparte clases en la Universidad Complutense de Madrid.

Las compagina con otras dos profesiones: la literatura y la fotografía, y en ambas ha publicado numerosos libros y recibido varios premios, entre otros el Premio Edelvives de Literatura Infantil en 1991 por *Marabo, el último bandolero*. También fue finalista en el premio Austral Infantil en los años 1987 y 1990, y en el concurso de Cuentos de La Felguera (Asturias) en 1995 con *De los Cierzos y las Ilusiones*.

## ***Rellena tu ficha***



El autor de «El enigma de la ciudad del metro» se llama .....

.....

Imparte clases en .....

.....

Además se dedica a la literatura y a la .....

Ha recibido premios como .....

..... por su

libro .....

en el año .....







**C**uando T. S. Brownny se arrodilló en la acera derecha de la calle para anudarse un zapato, no podía imaginar que dos pares de ojos se clavaban en la nuca de su diminuta figura: los de su vecino Jorge y los de un canario enjaulado a punto de desfallecer por el asfixiante calor. Meses antes, Brownny había instalado su oficina en el número 14 de la calle Smirne, indicando el apellido y las dos iniciales del nombre propio en el buzón de la correspondencia. A juzgar por su apariencia, el negocio no le daba para mucho. Vestía traje gris, las puntas del cuello de la camisa se retorcían sobre sí mismas y la corbata estaba descolorida. Caminaba con sigilo, rozando los brazos

contra las paredes, por lo que las mangas de la chaqueta se deshilachaban por los codos.

Brownny estiró el esqueleto y continuó su camino para girar en dirección a la estación. Diez metros más adelante encogió la figura en un extraño movimiento convulsivo y se pegó a la pared. Luego siguió la marcha hasta desaparecer en la primera esquina sin dejar de sacar brillo a los muros.

Su personalidad era un misterio para los habitantes del distrito Sur, por ello cuando Jorge se cruzó con él en plena calle y descubrió que llevaba zapatos marrones y cordones negros, supuso que algo extraño estaba ocurriendo. Entró en casa y se encerró en la habitación preguntándose una y otra vez por qué se había dejado ver a plena luz del día si acostumbraba a salir al anochecer.

Durante la hora de la siesta la calle Smirne era una tumba: los zumbidos de las moscas rompían el sonido del silencio, las aspas de los ventiladores

ahuyentaban a los insectos y los remolinos movían el aire caliente. Millones de partículas de polvo buscaban un lugar donde posarse, el aturdimiento invadía los rincones y el tic-tac del tiempo se acompasaba con los latidos del corazón. A eso de las cinco los relojes se pusieron de acuerdo para dar las señales horarias. El canto de las chicharras se fue apoderando del ambiente y el sol dio la primera muestra de debilidad al descender unos grados hacia el oeste.

Cien metros más allá, en el semisótano del número 32 de la calle Tawson, Santiago Bliz estudiaba un plano del metro. Aquella misma mañana Jorge y él habían acordado pasar un día bajo tierra. Localizó la estación del barrio, trazó un círculo rojo a su alrededor y recorrió mentalmente el camino escogido. El plan consistía en seguir la línea 2 hasta el centro de la ciudad y luego tomar rumbo desconocido. Su habitación era tan reducida que los amigos la conocían como la caja de cerillas. Apenas tenía espacio suficiente para

moverse sin tropezar con alguno de los cuatro muebles: la cama, un estrecho armario, la banqueta y un perchero de madera.

A las siete de la tarde los balcones del último piso del lado norte se cubrieron de sombra. Desde la terraza del último piso todo aparecía microscópico. Las calles del barrio eran como una maqueta donde cada pieza podría ser arrancada con los dedos y sustituida por cualquier otra. Apoyado en la barandilla, con la paciencia de un santo, Jorge observaba todos los detalles. Falaban unos minutos para las ocho cuando el teléfono acabó de un plumazo con la monotonía del lunes.

—¡Diga!

—¿Eres tú?

—¡Claro que soy yo!

—¿Estás sólo?

—No, pero puedes hablar sin miedo.

—¿Sabes a quién he visto esta mañana?

—...Ni me lo imagino.

—A Brownny en persona.

—¡A Brownny! ¿Estás seguro?

—Se detuvo ante mis narices para atarse un zapato y...

Sonó el pestillo de la puerta y Jorge cambió el tono de la voz. Mientras su madre trasteaba en la cocina aprovechó para escurrir el bulto inventándose una cita improvisada.

—Está bien, ahora mismo voy...

—¿Cómo? —contestó Santi desconcertado.

—En cinco minutos estoy ahí. De acuerdo, en el portal de Brownny. No hace falta que me lo repitas...

—Pero... ¡Jorge!

El mensaje era claro. A pesar del desconcierto, Santi salió de la casa en dirección al lugar indicado. La intrigante llamada de su amigo merecía al menos una explicación. Minutos después se encontraron ante el número 14 de la calle Smirne. En el piso bajo las cor-

tinias blancas de las ventanas hacían visible el interior de la vivienda. Allí tenía instalada la oficina el enigmático señor Brownny.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

—Quiero averiguar a qué se dedica.

—El caso es meternos en líos.

Una mujer alta, elegante y de mirada penetrante les interrumpió con una pregunta inesperada.

—¿Vive aquí el señor Brownny?

—En el bajo derecha —respondieron al mismo tiempo.

Entró en el portal y siguieron sus pasos de reojo, espiando todos y cada uno de sus movimientos. Hizo sonar el timbre por dos veces y luego golpeó la puerta con los nudillos sin obtener respuesta.

—¿Estáis seguros de que es aquí?

—Sí señora, en el bajo derecha.

—¡Qué extraño!

—¿La esperaba?

—Ya lo creo que me esperaba...

Tan breve diálogo fue suficiente para que Santi tomara una decisión inmediata. Había que actuar rápidamente y en tales situaciones nadie superaba su habilidad. Mientras la señora se marchaba visiblemente contrariada, él se lanzó al ataque.

—¡Vamos!

—¿Adónde?

—A casa de Brownny...

—¡Estás loco!

—Aquí no averiguaremos nada. ¡Sígueme!

Detrás del ascensor se encontraba la puerta del patio. Cuatro ventanucos acristalados a medio abrir, dejaban pasar la luz. El suelo estaba mojado y el sonido de un golpe seco les hizo retroceder. Jorge se asomó con cautela y averiguó que a la vecina del tercero se le había caído una prenda. En cualquier caso las sábanas tendidas en el

primero les protegían de las miradas desde los pisos altos. La primera ventana de la derecha se correspondía con la oficina de Brownny. Santi saltó como un gamo y se coló sin dificultad. Jorge entró después, se apoyó en el retrete y metió el pie en el lugar menos indicado.

—Lo que faltaba.

—Chtsss... Puede que haya alguien dentro.

El desorden y la suciedad eran evidentes. Debajo del lavabo había una lata con restos de comida y un paragüero vacío. Dentro de la bañera se amontonaban trastos viejos y en un armario metálico medicamentos y útiles de aseo. Cruzaron un recibidor sin amueblar y desde allí a un pasillo estrecho. La primera habitación era el dormitorio y la segunda el almacén donde se apilaban cajas de cartón cerradas a cal y canto. Al fondo se encontraba el despacho que daba a la calle, iluminado por el ventanal de cortinas blancas que difuminaban la poca luz exterior.

—¡Qué desorden!



—Cada uno vive como quiere...

—¡Mira!

Santi señaló hacia un plano del metro, similar al que tenía en su casa. La casualidad le hizo interesarse aún más por el hombre que vivía aislado del mundo. En el despacho no se advertía tanto revuelo como en el resto de la casa, sino cierto descuido premeditado. Jorge escogió unos cuantos folios al azar y los examinó detenidamente. A simple vista no tenían interés: facturas, encargos, recibos y albaranes. Apartó una hoja manuscrita y la leyó para sí:

*Hombre nervioso que dice tener 47 años (yo le calculo 52). Cree que le vigilan por todas partes (no me extraña con esa pinta). Cuando era niño soñaba con ser millonario (yo también). En el colegio le llamaban Tuercebotas y no le hacía gracia (a mí sí). Se casó con una viuda a la que se le habían muerto tres maridos (ahora me explico por qué se siente vigilado).*

*Trabaja como tendero de lunes a viernes y en las horas libres cuida animales. Teme correr la misma suerte que los anteriores maridos (con razón).*

*Diagnóstico: Horroris Viudatis.*

*Tratamiento: Cambiar de peluca y huir de su mujer.*

—¿Nos vamos? —preguntó mientras se guardaba la hoja en el bolsillo del pantalón.

—Un momento, estoy copiando el plano.

—¿Para qué?

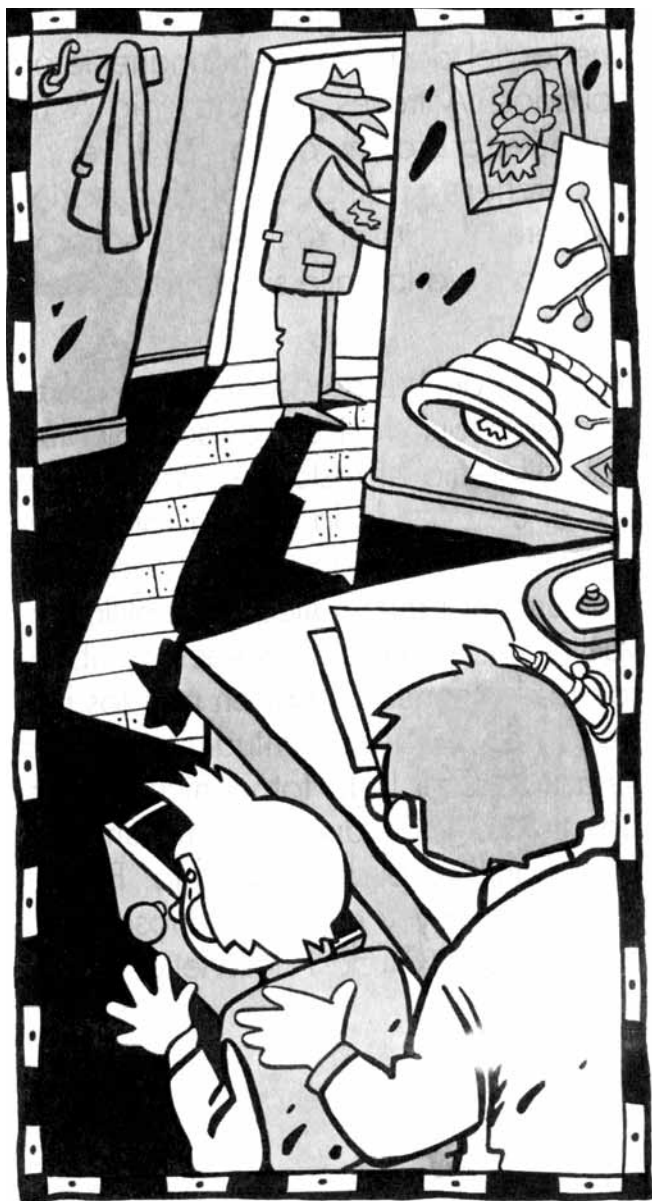
—Hay algo que no acabo de entender. Aquí dice Ciudad del Metro y en el mío no figura esa estación.

—¿Estás seguro?

—Desde luego.

—Ya lo comprobaremos. Salgamos de aquí antes de que...

En ese preciso instante escucharon un portazo y la luz del pasillo iluminó la



penumbra. Se agazaparon tras la puerta del despacho y permanecieron callados. A través del resquicio Santi pudo ver a Brownny colgar las llaves en el perchero y dirigirse al dormitorio. Corrieron hacia el recibidor y salieron disparados a la calle sin que advirtiera su presencia.

La noche del 12 de agosto cayó sobre el distrito Sur casi sin avisar. No fue muy diferente al resto de las del verano: el camión de la basura rompió el silencio con el ruido ensordecedor de la trituradora automática, las polillas invadieron las farolas, los vecinos abrieron los balcones de par en par, los barrenderos regaron puntualmente y la luna mostró el lado fotogénico de sus dos caras. Jorge durmió como un tronco y Santi no pudo pegar ojo. Pensaba en Brownny y en la misteriosa estación llamada Ciudad del Metro.